

**Kristina Lyons. *Descomposición Vital. Suelos, selva y propuestas de vida*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2021. 247 pp**

*Karina Aguilar*  
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

Uno de los ecosistemas más degradados del planeta es el de los suelos (Lal, 2019). Esta crisis, lejos de ser natural, responde a una acción antrópica sostenida que ha roto equilibrios ecológicos y ha promovido modelos productivistas que extraen sin regenerar (Altieri & Nicholls, 2020). Aunque vital, el suelo ha sido históricamente estudiado desde una mirada tecnocientífica que lo reduce a una variable fisicoquímica o a un recurso agrícola, invisibilizando sus dimensiones sociales, políticas y más que humanas. Este enfoque limita su comprensión y ha reforzado prácticas extractivistas legitimadas como desarrollo.

En este escenario de crisis ambiental y relativa ausencia del suelo en la teoría social, Kristina Lyons, en su libro *Descomposición Vital*, ofrece una etnografía sobre el papel de los suelos en la Amazonía. El texto, basado en su tesis doctoral, se sitúa en el Putumayo, Colombia, y explora las relaciones con el suelo desde laboratorios, oficinas públicas, huertas y bosques, incorporando las voces de científicos, funcionarios estatales y familias campesinas. La investigación se inscribe en un territorio criminalizado, afectado por monocultivos de coca, políticas antidrogas (con fumigación de glifosato), políticas fallidas y violencia militarizada. A través de la hojarasca (capa de hojas y tallos en descomposición), la autora reelabora las relaciones entre vida y muerte. En ese contexto, la vida surge en medio del conflicto, y la hojarasca se vuelve también una forma de aprendizaje y desaprendizaje. Así, este libro resulta clave para interrogar los problemas actuales de la crisis climática y la vida humana y no humana.

Desde una lectura situada en los Estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS), el posthumanismo y las humanidades ambientales, esta reseña propone cinco ejes que permiten releer *Descomposición Vital* como contribución a una teoría social del suelo: (i) invisibilización del suelo en las ciencias sociales, (ii) comprensión como organismo vivo, (iii) tipologías y formas de clasificarlo, (iv) formas de coexistencia humano-suelo y (v) relacionalidades más que humanas. Estos ejes se inspiran en debates contemporáneos sobre agencia, vitalidad y política del suelo, y permiten valorar el aporte de Lyons en el marco de un giro ético y epistémico hacia lo más que humano.

Como dijimos, el libro reflexiona sobre cómo durante décadas *el suelo ha ocupado un lugar marginal en la teoría social*, reducido a sustrato natural o recurso de explotación agraria. Frente a esta omisión, el texto propone una mirada que desestabiliza los saberes hegemónicos, visibilizando su agencia, su carga política y su centralidad en las formas de vida campesina. La autora muestra cómo las ciencias del suelo se han desarrollado desde marcos coloniales, con racionalidades instrumentales que deslegitiman otros saberes. Su crítica no implica rechazar la ciencia, sino cuestionar su exclusión epistémica y reconocer que existen prácticas ancestrales y locales sin equivalente científico. En ese sentido, su propuesta es una epistemología relacional

y descolonizadora, donde los procesos de aprendizaje y desaprendizaje se entretelen con lo vivo. Recurre así a la hojarasca como figura analítica y material para pensar lo que llama “relacionalidades recursivas”, en las que el conocimiento se construye con semillas, suelos y plantas, desafiando el dominio humano.

En la misma línea y centrándose en el anonimato del suelo y la forma en como se ha separado al ser humano de su relación existencial con el mismo, Lyons pone atención al planteamiento del *suelo como un organismo vivo*, con dinámicas propias, agencia y afectos. Para la autora, la ontología clásica que separa bios (vida) y geo (materia) ha tenido efectos concretos, ya que, mientras no exista consenso en definir al suelo como un ente vivo, resulta complejo traducir esa vitalidad en políticas públicas, prácticas económicas o decisiones comunitarias. La autora sugiere pensar al suelo como un trabajador explotado, al que se le exige recuperarse con insumos químicos para producir más y rendir sin descanso. Esta metáfora evidencia una relación extractiva que niega los ritmos orgánicos del suelo y su capacidad de sostener la vida. Por ello, la autora apuesta por una definición performativa y situada del suelo que se construya a partir de los vínculos concretos entre humanos, microorganismos, hojarasca, semillas y ciclos de descomposición.

Otro lineamiento transversal del libro es la crítica a las *tipologías de suelo*. Lyons examina cómo los suelos amazónicos han sido históricamente clasificados como pobres, ácidos e improductivos desde la agricultura convencional y las políticas estatales. Esta taxonomía, heredada del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, ha legitimado la fumigación con agrotóxicos y reforzado la idea de un suelo “malo” que debe corregirse. Estas clasificaciones técnicas tienen efectos materiales y sociopolíticos en el territorio, al consolidar una imagen del suelo como improductivo, degradado o incluso asociado al monocultivo de coca. Lyons denomina a esta estigmatización “ecología criminalizada”, donde ciertas condiciones del suelo son asociadas con la ilegalidad. Frente a ello, propone “descolonizar la finca”, es decir, recuperar prácticas alimentarias, semillas y formas de conocimientos situados desplazados por el agronegocio.

De igual modo, la autora presta atención a la *diversidad de formas de coexistencia entre humanos y suelos*, destacando que no todas las relaciones se basan en la reciprocidad o el afecto. En contextos de conflicto armado, el suelo también puede convertirse en una amenaza. La presencia de minas antipersonales en el Putumayo, por ejemplo, genera miedo y transforma las formas de habitar el suelo. Aun así, la autora recupera conceptos como el “teatro de la vida” propuesta por el agrólogo Abdón Cortés para dar cuenta de su dimensión vital, sin negar que también puede ser escenario de muerte.

Una propuesta innovadora de la autora es la problematización de, cómo a través del arte, se puede *expresar y materializar las relacionalidades diversas con los suelos*. Lyons propone que el diálogo entre ciencia, arte y cultura permite desestabilizar las lógicas técnicas e instrumentales. Por medio del arte también se pueden cambiar percepciones del suelo e incorporar nuevos conceptos. Por ejemplo, al transitar de “calidad del suelo” a “salud del suelo”, se interpela la función productivista del suelo y lo vuelve un ente que requiere cuidados y que tiene derechos. Otro ejemplo en que se entrecruzan el arte y las relacionalidades más que humanas, es cuando la autora realiza una descripción etnográfica que titula “manos habitadas por hongos”. Allí, mediante la fotografía y la narrativa, describe un par de manos campesinas que conviven con cicatrices, hongos y tierra, siendo esta una imagen íntima de simbiosis, vulnerabilidad y agencia.

Así, a través de los postulados desarrollados, Lyons abre nuevas miradas epistemológicas sobre las múltiples relacionalidades que emergen al reconocer al suelo como un ente vivo. Su obra permite imaginar otras formas de comprender y vincularse con el suelo desde las ciencias sociales y los saberes territoriales. Entre ellos, destaca el valor otorgado a los procesos de *aprendizaje y desaprendizaje*. Para Lyons, es necesario descentrar los modelos extractivistas y construir conocimientos vivos, situados en la experiencia de habitar con la selva. A este gesto lo llama “hacerse humanos amazónicos”, vale decir, una práctica de atención, reciprocidad y transformación, donde el ser humano no solo cultiva la selva, sino que también es cultivado por ella. Se trata entonces de una relacionalidad abierta que permite desarrollar una co-existencia sensible y encarnada.

Vinculado a lo descrito, Lyons reconoce el *conocimiento de los campesinos-selvacinos*. Este concepto propuesto por la autora articula saberes ancestrales con prácticas y filosofías desarrolladas por familias rurales para sostener proyectos de agrovida en contextos de violencia. Lejos de una visión romántica, este conocimiento requiere estar atento a los ciclos de la naturaleza, es decir, habitar a través de la sociabilidad de la selva lo que implica relacionalidades humanas y no humanas. Desde esta perspectiva, experiencias como las huertas, las semillas criollas, las finca-escuelas o los espacios de vida compartida no son solo formas de producción, sino estrategias de resistencia y cuidado colectivo.

Tal como se ha mencionado, reflexionar sobre las relacionalidades entre el ser humano y el suelo requiere también de *creatividad conceptual*. Estas ideas no solo emergen desde lo académico, sino de participar en los procesos de la selva. Este enfoque cuestiona la noción de que solo el género humano produce conocimiento, e invita a volcar la mirada y la escucha hacia seres no humanos que pueden dar lugar a nuevos conceptos. En esta línea, Lyons introduce el término “fincas resonantes” para describir aquellas huertas que, por su frecuencia vital, amplifican sonidos, vibraciones y afectos. No se trata solo de una metáfora poética, sino de una manera de entender la vida de la finca como una composición compleja entre humanos, suelos, plantas, humedad y tiempo.

El proceso de conceptualización del suelo y las relacionalidades que en él se experimentan y construyen también está mediado por el *lenguaje hegemónico* que lo nombra. Lyons muestra como la agricultura industrial ha difundido términos como “malezas”, “control de plagas”, “plaguicidas” o “herbicidas”. Estas nociones no son neutras, promueven una percepción del suelo como objeto inerte, controlable y manipulable. Resignificar el lenguaje en torno al suelo se vuelve así una herramienta epistemológica y política. Utilizar otras palabras permite abrirse a formas de relacionalidad que reconozcan y valoren la multiplicidad de vínculos visibles e invisibles que sostienen la vida en y con el suelo.

Pensar desde el suelo vivo en las ciencias sociales implica no solo cuestionar las categorías dominantes, sino también descentrar la teoría social desde una mirada deshumanizante. Esto exige avanzar hacia un *trabajo transdisciplinario*. Lyons, recoge esta preocupación en su libro y da lugar a las perspectivas de científicos del suelo, mostrando que es posible una colaboración situada entre saberes. No obstante la transdisciplina hoy sigue enfrentando múltiples limitaciones. De hecho, las ciencias sociales continúan siendo subalternizadas frente a las ciencias naturales, tanto por

el peso del pensamiento moderno hegemónico, como por la dificultad de construir lenguajes compartidos. Esta situación obstaculiza el diálogo efectivo sobre temas como el suelo que, como se ha señalado, exige una aproximación integral y posthumanista (Eschenhagen, 2017).

Si bien *Descomposición Vital* constituye una contribución fundamental para pensar el suelo desde una mirada etnográfica, posthumanista y situada, también presenta algunas tensiones que vale la pena considerar. Una de ellas es que, a pesar de que el suelo atraviesa toda la narrativa como presencia viva y doliente, no siempre se explicita su conceptualización como categoría analítica autónoma, lo que podría dificultar su apropiación directa por investigadores sociales enfocados en este objeto. Del mismo modo, la escritura profundamente narrativa y sensorial es una de las potencias del texto, pero también puede dificultar la identificación de hallazgos estructurados para disciplinas más sistemáticas.

Por otro lado, el foco en las prácticas campesinas y selva-céntricas deja en segundo plano una problematización más rigurosa de los marcos institucionales que perpetúan el daño en el suelo. Queda abierta la pregunta, en consecuencia, sobre cómo evitar que estos saberes situados sean absorbidos nuevamente por marcos epistemológicos del Norte Global. No obstante, el libro sigue siendo una contribución provocadora que, en un contexto de crisis climática, cobra aún más relevancia para repensar la teoría social desde los vínculos con lo más que humano.

Finalmente, hay que mencionar que el libro no solo diagnostica la violencia contra los suelos, sino que también expone propuestas para formas de vida más justas desde la creatividad conceptual, el arte y los saberes campesinos. Pero los desafíos siguen abiertos: ¿cómo ampliar estas posibilidades en contextos marcados por el extractivismo? ¿Qué condiciones permitirían formas de vida que no profundicen el daño al suelo ni las desigualdades? ¿Cómo pensar políticas más justas y afectivas con los suelos y con las personas que los habitan?

## Referencias bibliográficas

- Altieri, M. A. & Nicholls, C. I. (2020). Agroecology: Challenges and opportunities for farming in the Anthropocene. *Ciencia e investigación agraria: revista latinoamericana de ciencias de la agricultura*, 47(3), 204-215.
- Eschenhagen, M. L. (2017). Tres ejes de diálogo epistemológico para aproximarse a una interpretación de la relación ser humano-naturaleza. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 32, 185-205.
- Lal, R. (2019). Derechos de suelo. *Revista de Conservación de Suelos y Aguas*, 74(4), 81A-86A.

### *Sobre la autora*

**Karina Aguilar.** Es candidata a doctora en Sociología por la Universidad Alberto Hurtado y Trabajadora Social por la Universidad Católica de Temuco. Ha desarrollado investigaciones en el área socioambiental, con énfasis en enfoques interdisciplinarios y relacionales. Su trabajo se sitúa en los Estudios en Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS), el posthumanismo y las humanidades ambientales, explorando cómo se construyen y disputan los significados del suelo entre comunidades rurales, instituciones científicas y actores estatales en Chile. ORCID: 0000-0002-4420-182X.